

lamento, como era su costumbre tratándose de Jesuitas, buscó y encontró pretexto para adular á un tiempo la cólera reciente de la favorita y el ódio inveterado del ministro, dejaremos á París para atravesar la frontera de Portugal, donde Pombal, «el gran marqués,» libraba con la Compañía de Jesús la batalla primera y decisiva, que tan desastrosa influencia tuvo sobre la situación del Instituto en Francia y en el mundo entero.

Y así, como por la mano, el orden cronológico de los acontecimientos nos lleva á dar paso al tigre real, que se adelanta á los lobos y las zorras para acochar la presa, y hacer en ella un destrozo de Santos y de mártires.

POMBAL.

«Lo que hay de más extraño, dice Voltaire, en su desastre (el desastre de los Jesuitas), es que en Portugal fueron proscriptos por haber degenerado de su Instituto, y en Francia, por conformarse á él en demasia» (1).

Extraño se toma aquí en el sentido de curioso, agradable y divertido.

Y con efecto, la Europa filosófica se divirtió mucho con esta aventura, sin descuidar por eso calificar duramente de vez en cuando y así como de broma, á los verdugos que tanta sangre derramaron, y herir con sarcasmos á los demoleedores imprudentes que redujeron á polvo tan memorable edificio, fortaleza de la monarquía durante dos siglos.

Entusiasmada como estaba la Enciclopedia,

(1) *Siglo de Luis XV*, t. 22. *Obras*, p. 354.

no podia ménos, sin embargo, de refunfuniar. Ella era el periodismo de su tiempo. Un poquito de piedad, no excesiva; un tantico de justicia, no mucha, y como objeto de adorno, tiene sus jueces incompetentes, que pegan á diestro y siniestro en todas las causas; esto da á su charlataneria cierto aire de imparcialidad; y por otra parte, es deber fácil y hasta agradable, llevar luto por un enemigo asesinado. Tambien lloran los cocodrilos.

En una de las principales plazas de Lisboa se levanta la estatua del rey José Manuel, hijo de Juan V. A los piés de la estatua vése á su ministro D. Sebastian de Carvalho y Melho, conde de Oeyras y marqués de Pombal, á quien los liberales portugueses comparan á su antojo con el Cardenal de Richelieu, quizá porque no hay ley internacional que prohíba estas ocurrencias. A un país no se le debe juzgar por el número de leguas cuadradas que constituyen su superficie; así vemos que Portugal, pueblo pequeño si se atiende á su extension y población, es un pueblo grande por su historia. Portugal cuenta en sus anales tantos hombres ilustres, que no los ha menester ajenos para tallar estatuas en todas las plazas

públicas de Lisboa, su noble capital: reyes, navegantes, capitanes, poetas; Camoëns, Albuquerque, Gama, Cabral, Enrique, Juan, Pedro; el imperio del Brasil es obra suya, timbrado como él con la caballeresca cimera de Braganza. Sus mercaderes fueron afortunados, atrevidos y poderosos; sus flotas cubrieron el Océano; tenia colonias en ambos mundos; su nobleza es antigua y elevada entre todas las de Europa; y si su influencia de otros tiempos ha decaído considerablemente ahogada y aún algo confiscada, es porque jamás un pueblo católico se deja acariciar impunemente por la piedad protestante y por el desinterés de Inglaterra, propensa siempre á hacer irlandeses en todas partes.

Los gajes del presupuesto portugués abundan en los anchos bolsillos de Inglaterra, su generosa amiga. Eso cuestan ciertas protecciones muy deseadas; y muchos portugueses imaginan que será difícil á Portugal rehabilitarse de la fastuosa agonía estratégica, que introdujo allí, á sus expensas, el muy honorable Arturo Wellesley, para ganar su ramillete de títulos, su guirnalda de pensiones, su canasta llena de gloria inglesa, y nacer, en

fin, «su gracia,» milord duque de Wellington.

Sin ridiculizar ni censurar á los que comparan el marqués de Pombal con el Cardenal de Richelieu,—porque los errores del patriotismo son muy dignos de respeto,—me tomo la libertad de extrañarme que hayan escogido los portugueses para erigirles un monumento en las encantadoras orillas del Tajo, al rey que dejó hacer, y al ministro que se esforzó notoriamente en despatriar á su pátria, hasta el punto de ocultar la noble frente de los hijos de Avis, bajo el calado bonete de Calvino. Era preciso montarlos á la inglesa.

Ignoro si José de Braganza merece rencor, puesto que no pensó nunca sino con la cabeza de su ministro, pero es indudable que Pombal tuvo este proyecto, que comenzó á ejecutarlo, y no se detuvo ante la firme obstinacion portuguesa, la cual, sin alboroto, pero unánime, manifestaba su inquebrantable voluntad de no abandonar la fé católica. Pombal sirvió toda su vida á los ingleses, representando respecto de ellos la comedia de la enemistad. Ningun portugués se habia opuesto hasta entonces con más energía que él (en apariencia) á las caricias inva-

soras de Inglaterra, sin embargo de lo cual tenia en cartera el famoso proyecto de matrimonio de la princesa de Beira con el duque de Cumberland, matrimonio que hubiera hecho, eventualmente, de este último el heredero de la corona de Braganza.

No quiere decir esto que Pombal sintiera admiracion por los ingleses; él no admiraba á nadie; queria el poder y apelaba á todos los medios. Lo cierto es que los Jesuitas oponianse naturalmente á la dominacion inglesa en Portugal, y por lo tanto, al matrimonio de la princesa. «El duque de Cumberland, dice el mariscal Belle-Isle, (1) habia creído llegar á ser rey de Portugal. Por mi parte, no dudo que lo consiguiera si los Jesuitas confesores de la familia real no se hubiesen opuesto.» Y añade: «Hé ahí el crimen que no se les ha perdonado» (2).

Tenemos ya, pues, un motivo del ódio de Pombal contra los Jesuitas; éste pretendia introducir el protestantismo en Portugal, y los

(1) *Testament politique*, p. 108.

(2) *Ibid.*

Jesuitas, en conciencia, no podían permitirlo: primer resentimiento.

Mas Pombal tenía otras razones para odiar á los Padres. Por lo pronto, amaba con exceso el filosofismo, en tal modo, que el pequeño núcleo de ateos que dirigía en París la escuela enciclopedista, renegó de él más de una vez, como se reniega de un aliado que compromete. M. de Choiseul, que á fin de fiesta debía seguirlo paso á paso en el camino de la persecucion, comenzó por quejarse de él con su protectora, y madame de Grammont, su hermana, preguntaba coquetamente al embajador de España (donde, entre paréntesis, Carlos III hacía quemar á la sazón los libelos de Pombal por manos del verdugo): «¿Es que el gran marqués de ese pequeño país tiene siempre montado un Jesuita sobre las narices?»

En segundo lugar, Pombal había adulado mucho á los Jesuitas al principio de su carrera, llegando hasta hacer vestir la sotana de la Orden á su segundo hijo.

En tercer lugar, los Jesuitas eran muy poderosos; como acaba de decirnos el mariscal Belle-Isle, confesaban á todos los individuos

de la familia real (1), y hombres al estilo del marqués de Pombal recelan de todo poder. No hay pasión que atice tanto el odio como la envidia.

Por último, los moralistas antiguos y modernos convienen en que todo hombre que ha hecho daño aborrece á su víctima: sirva de ejemplo la aversion instintiva é incurable que abriga el expoliador contra el despojado. Ahora bien, el marqués de Pombal era el expoliador jurado de los Jesuitas, á los cuales, *por fas ó por nefas*, había arruinado los magníficos establecimientos de Marañon, en el Uruguay, y algunos otros, no sin acrecentar su patrimonio, dice la historia, con bastantes de aquellos restos.

Véase, pues, por este sencillo relato, que no abrigo la pretension de que sea completo, que el gran marqués tenía abundante copia de poderosas razones para detestar la Compañía de Jesús. La primera en orden de estas razones era la sotana de Jesuita, que había hecho ves-

(1) El Padre Moreira confesaba al rey, el Padre Timoteo de Oliveira á doña María, duquesa de Braganza, y el Padre Costa á D. Pedro de Portugal.

tir á su hijo para captarse la benevolencia del Padre Moreira, confesor del rey; la más importante era la devastacion de los establecimientos del Uruguay, y la violenta espulsion de 30,000 cristianos del Paraná para facilitar la explotación de las supuestas minas de oro que utilizaban los Jesuitas en aquellos parajes, segun la creencia de Pombal, y que despues resultaron ser pura quimera.

Erase algunos años antes del proceso Lavalette. La córte de Francia puso el grito en el cielo con ocasion de la actitud del gran marqués, ella que iba á empezar contra la Orden una guerra menos sangrienta, pero más injustificada. Pombal no perdonaba á los Jesuitas, ni la horrible miseria que él habia causado en el paraiso terrestre de los pobres indios, ni la falta de las minas de oro, ni las burlas de madames de Pompadour y de Gramont.

Cuando entró en el ministerio, era hombre de unos cincuenta años, fatigado por sus luchas privadas y una vida de incesantes esfuerzos políticos, nunca coronados por el éxito. Además de los Jesuitas tenia otros enemigos. En su juventud se habia puesto en pugna

con la nobleza antigua del reino, atacando tradiciones y sentimientos muy respetados, lo que le valió sufrir de su jefe ciertos desaires acaso demasiado altaneros.

Por eso vengóse horriblemente; y si es á causa de la abundante sangre noble derramada, por lo que sus admiradores le comparan al Cardenal de Richelieu, seguramente que se equivocan. Bajo este aspecto Pombal merece sin género de duda la palma de la ferocidad, y no se le puede comparar con nadie.

Pasaba en Francia por ser un ministro hábil; su buen comportamiento cuando el terremoto de Lisboa, habia sido muy alabado, porque, salvo los Jesuitas, cuyo heroismo en aquellas circunstancias se hizo proverbial, ninguno mostró más arrojo y serenidad que él. M. de Choiseul, á pesar de las burlas con que le satirizaba para divertir al rey, estimábalo mucho y esperaba con ánsia que «el buen Carvalho,» como le llamaba, desembarazaria algun dia al universo de ese Jesuita importuno, que todos los filósofos y todos los jansenistas «tenian montado sobre sus narices.»

Lo ocurrido en el Uruguay, y la actitud hostil que tomó el primero de todos Pombal, colocándose frente á frente á la Santa Sede, no eran ciertamente á propósito para menguar aquella esperanza.

De 1750 á 1758, en la córte del rey su señor, Pombal no habia aún chocado de frente con los miembros de la Compañía, siempre en auge; y en esta misma época hizo grandes esfuerzos por atraerse la nobleza; pero no lo consiguió. La nobleza le odiaba, y acaso con razon; pero le tenía en poco, y en esto no hacia bien.

En la noche del 3 al 4 de Setiembre de 1758, en medio de la mayor tranquilidad y sin que ninguna circunstancia política pudiera motivar ó explicar semejante hecho, tuvo lugar una tentativa de asesinato contra el rey de Portugal. Hacia ocho años que reinaba José, y contaba cincuenta y tres años de edad. Sus costumbres no eran peores que las de los príncipes de aquel tiempo; su natural tampoco era malo, y en diversas ocasiones habia mostrado un plausible interés por los negocios del Estado.

Como rey, participaba de la debilidad co-

mun á tantos reyes, y se acomodaba con gusto á los pensamientos de otro; veía con ojos ajenos y sufría sin saberlo desde la primera hora la tutela de su ministro, que logró inspirarle recelos de su hermano D. Pedro, jóven príncipe muy querido del pueblo. D. Pedro de Braganza tenia muchos partidarios en Lisboa; el rey no los tenia. Es la eterna historia de los hermanos de los reyes, y es sobre todo, la historia de D. Pedro en Portugal, sacada á relucir de vez en cuando para sembrar la desconfianza entre sus descendientes. Ningun pretexto mejor para robustecer el crédito de un favorito, porque el aire de la desconfianza reina alrededor de los tronos. Solo en Constantinopla halla remedio esta inquietud; los sultanes estrangulan á sus hermanos, y así concluye todo.

Hacia algun tiempo que Pombal traía agitado el débil espíritu de su soberano con vagas insinuaciones.

Desde luego fué á propósito de sí mismo como pronunció Pombal la palabra asesinato. Pretendia que su persona estaba amenazada, y en el verano de 1754 hizo firmar á José un decreto verdaderamente extraordinario «para

el caso en que se asesinara un ministro del Estado.» (1)

José, sin embargo, no ha pasado nunca por loco rematado. Pero en esto, hay su más y su ménos. El decreto referido asimilaba la futura contingencia de dicho asesinato al crimen de lesa majestad, y áun se encargó á un magistrado, el senador Gonzalez Cordeiro, de hacer sobre esta superchería *informaciones continuas é ilimitadas*.

¡Cuidado con reirse! La cosa fué seria. Triplicáronse las cárceles de repente y faltaba sitio en ellas. Cuarenta años antes que en París, Lisboa tuvo su Terror. Derramáronse los delatores por toda la ciudad, para ganar el premio ofrecido á todo inventor de un hombre que *tuviera deseo* de asesinar al ministro del Estado.

Los filósofos de orillas del Sena casi se avergonzaron, y cuando el ruido de estos sucesos llegó á París, acusaron al filósofo de las márgenes del Tajo de haber perfeccionado los

(1) Decíase en este decreto del mes de Agosto de 1754 que *alguien podrá atentar contra la vida de un ministro del Estado*. Cretineau-Joly, t. V, p. 124.

atropellos de la Inquisicion; Pombal, entre tanto, no se inquietaba por semejante crítica. Apenas habia dado en su camino los primeros pasos, y sus enemigos caian como moscas á su alrededor. Lo repito; ¡la nobleza portuguesa se equivocó al menospreciar á este hombre!

Él sabia hacer de todo, decretos, libelos, motines (1), registros, proscripciones, confiscaciones; todo lo utilizaba, la pluma, el Estado, cerrojos y torturas; era listo, enormemente listo; y *ainda mais*, protegía las ideas generosas, ¡como que combatía á la Iglesia!

Generosa era su hacha, generosa su tea, generosa su astucia, todo en él rebosaba generosidad, áun el contubernio nefando de la hipocresía con las acciones más feroces.

Por supuesto que á pesar de los fantásticos temores del decreto de 1754, el marqués de Pombal no fué asesinado. Trascurridos casi cuatro años, y habiendo dado de sí el decreto todo lo que podia dar en punto á prisiones

(1) Testigo, la sublevacion de Oporto en favor de los ingleses, mientras que el ministro combatía ostensiblemente la influencia inglesa en Lisboa.

arbitrarias, destierros, condenaciones y despojos, los delatores comenzaban á aflojar y los *fidalgos* respiraban, cuando se cometió el atentado nocturno del 3 de Setiembre.

Salía el rey del hotel de Tavora y tornaba á palacio, no en su propia carroza, sino en la de un hombre acaudalado de la nobleza inferior llamado Antonio Tejeira, cuando un *alguien* invisible, apostado en una enercujada, disparó dos tiros de pistola, otros dicen que cuatro, sobre su majestad. ¿Quién era este alguien? ¿No sería, quizá, en propia persona el famoso *alguien* del decreto? El rey salió contuso en un brazo. Esto sucedía dos años despues de la cuchillada de Damiens.....

¡Jesuitas! ¡Qué ocasion tan soberbia! Contra toda verosimilitud, contra el mismo buen sentido, se acusó de jesuítico (1) al puñal de Damiens; ahora á las pistolas desconocidas se

(1) Voltaire habia escrito rehusando comprometerse en esta desvergonzada acusacion: (Carta de 3 de Marzo 1763:) «Amigos míos, nada quiero con los Jesuitas, pero les granjearia el favor de la posteridad acusándoles de un crimen de que los han justificado Europa y Damiens. No sería entonces más que un eco vil de los jansenistas...»

las acusaria de ser jesuíticas contra toda evidencia.

Sentíase Pombal tan culpable respecto de aquellos hombres á quienes habia atajado en la senda de sus gloriosos sacrificios al otro lado de los mares, y á quienes habia robado, ultrajado y perseguido de todas maneras hasta lo imposible, que su corazon, lleno de ódio, no se creía seguro contra ellos mas que con su muerte.

¡Jesuitas! Él dió este grito ruidoso como ninguno y que siempre despierta el eco inmenso de todas las malas pasiones, como el divino nombre que encierra; y convidó con esto á los judíos á la fiesta eterna del Calvario.

Pero como detestaba á los nobles casi tanto como á la Compañía de Jesús, quiso matar dos pájaros con una sola piedra, y aplastar á todos sus enemigos de una sola vez.

De aquí ese misterio impenetrable que rodeó desde el principio esta causa, en que Pombal fué á un mismo tiempo acusador, juez y verdugo. Parecía muy difícil, en efecto, complicar á los Jesuitas confesores y amigos del rey, así como de toda la familia real, en

un atentado contra la vida del monarca. ¿Qué interés podía moverles á semejante crimen? *Reus is est cui prodest delictum*, dijo la sabiduría pagana de los Romanos: «No busqueis el culpable sino en aquel á quien aprovecha el delito.»

Pombal, doctor por la universidad de Coimbra, no ignoraba seguramente este axioma, y acaso previó que él habia de condenarlo ante el tribunal de la posteridad. Así acontece, que los escritores enemigos de la fé católica apenas le alaban, como por su oficio debieran hacerlo, siquiera en reconocimiento de las muchas cabezas de Jesuitas que tuvo la gloria de cortar; con todo, no se advierte que manifestasen por él ni entusiasmo ni simpatía. Bajo el elogio obligado de la controversia, descúbrese una repugnancia instintiva, algo de la frialdad con que M. de Choiseul, madame de Gramont y áun la misma Enciclopedia daban la mano á aquel verdugo de Estado. Era un aliado sujeto á caucion, y que causaba vergüenza á aquellos mismos cuyos vergonzosos deseos ponía por obra. Verdaderamente y de corazón no ha sido abrazado más que por los ingleses, sus enemigos aparentes.

¿Quiere decir esto que pueda acusarse á M. de Pombal de ser el *alguien* de los tiros de pistola? Ciertamente que no; si por esto se entiende que deseaba asesinar á su señor: tenia demasiado que perder con su muerte, como los sucesos posteriores demostraron. Si por el contrario, lo que se afirma es que arriesgó una comedia audaz dirigida á atemorizar el débil espíritu de José, responderemos que históricamente nada autoriza esta opinion, fundada solo en el carácter de salvaje doblez unido á la memoria del asesino de los Padres. Como tenia necesidad de este atentado para justificar su sangriento comercio, han pensado algunos que lo preparó, mucho más cuando el proceso instruido, que fué obra suya exclusivamente, es un modelo descarado de tinieblas amontonadas á placer.

Pero lo que se sabe de los acontecimientos desmiente esta presuncion, así como la creencia muy estendida un momento, que hacia del ataque el resultado de un engaño. Segun esta última version, el rey, acometido en el carruaje de Tejeira, lo fué por los enemigos personales de este, que erraron en su venganza. Apoyado en este version, mezcló Pombal en

la causa al infortunado duqué de Aveiro, reservado á suplicio tan espantoso.

La verdad debe encontrarse en la opinión del pueblo, que nos refiere las memorias de Pombal, aunque alterándola ligeramenta.

Héla aquí:

José de Braganza, especie de Luis XV pero más tímido, tenia tambien sus aventuras galantes, bien que seguidas con menos escándalo, pues en este punto ninguna otra corte rivalizaba con la nuestra. Solo los familiares del palacio de Alcántara sabian que el rey visitaba con frecuencia un hotel de noble apariencia, espacioso y aislado como una casa de campo, y desde donde se divisaba la embocadura del Tajo por encima de sus grandes jardines. El dueño de esta casa era el anciano marqués de Tavora, uno de los miembros más ilustres de la nobleza portuguesa, y que pasaba por jefe de aquellos á quienes más particularmente se daba el nombre de hidalgos (1). Pombal fué desairado al solicitar para su hijo mayor la mano de la hija del marqués,

(1) Este nombre tomó entonces casi una significacion política.

y de otras familias habia recibido la misma afrenta. Esto no lo olvidaba.

Con razon, ó sin ella, decíase en la corte que el rey requeria de amores á la jóven y bella marquesa de Tavora, nuera del marqués y esposa de su hijo primogénito. Un hecho semejante en Francia, donde tan relajadas estaban las costumbres de la corte, se hubiera reputado casi honroso, y la historia nos ofrece de ello tristes ejemplos; pero en Lisboa, á pesar del contagio excéptico que empezaba á ganar terreno, la antigua sangre portuguesa conservaba aún su altivez.

Estoy muy lejos de afirmar que el jóven marqués de Tavora hizo bien con castigar á su rey por haberle ultrajado; creo, por el contrario, que un rey que ultraja merece compasion, como todos los hombres, y aún más que todos, por lo mismo que es más criminal siendo más poderoso; pero digo que fuera de los mandamientos de Dios, que reunen en igual anatema el crimen cometido por el seductor y la venganza intentada por el esposo, Tavora, era acreedor á la vida de su soberano segun la implacable ley del honor portugués. No juzgo aquí un proceso, sino investigo la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

verdad de un hecho; Tavora cristiano, debía perdonar; hidalgo, con arreglo al Código de los hidalgos y á la jurisprudencia de los terribles ódios peninsulares, Tavora debía herir, aunque fuera á su rey.

Es probable que lo procurase. La excepcion hecha en favor de la jóven marquesa Teresa de Tavora en medio de los crueles tormentos que se impusieron al resto de la familia, prueba á un tiempo la injuria hecha y la venganza intentada. Todavía existe otra prueba de índole muy especial, y es el interés *sui generis* que el embajador de Francia, por mandato expreso de su córte, tomó por la jóven y bella marquesa estando sana y salva, mientras que nada hizo por el marido, culpable ó no, martirizado en el fondo de un calabozo, ni por el padre inocente, ni por aquella madre digna de admiracion, que murió en el tormento; en esta actitud del embajador francés están retratados Luis XV y su siglo.

Añadamos, que en ninguno de estos sucesos habia sitio para los Jesuitas si Pombal no lo buscara por fuerza.

Todos los escritores hacen notar la inaccion de Pombal durante tres largos meses despues

del conato de regicidio. Jamás desmintió la felonía de su carácter. A semejanza del tigre, afilaba sus garras antes de acometer. Necesitaba tambien de lo imprevisto para arrojarse sobre su víctima á quien habia adormecido.

A la caída de la tarde del 12 de Diciembre, varias patrullas de caballería recorrían la ciudad en tanto que numerosos destacamentos de infantería tomaban posiciones en las estrechas calles del barrio de los nobles. Preguntaba Lisboa qué fiesta irían á celebrar, porque nadie se acordaba ya de la aventura del carruaje, y hasta muchos la ponían en duda; opinion de que participaba la córte de Francia, donde M. de Choiseul habia dicho ser aquella una broma de Carvalho.

A eso de las siete, un peloton de soldados, precedido por algunos familiares del Santo Oficio, llegó ante la puerta principal del hotel de Tavora, cuyas otras salidas se habian guardado con el mayor silencio. Llamóse en nombre del rey, y al mismo tiempo se encendieron las antorchas.

Más de una vez habia levantado el rey el aldabon de aquella caballeresca morada; el rey era bueno en medio de la debilidad que

le esclavizaba; ignoraba lo que sucedía á aquella hora; menester es creerlo por compasión á la memoria de su nombre.

Abrieron los soldados, y los familiares se metieron en la casa como en país conquistado. Echóse mano de toda criatura racional, desde los criados más infimos, hasta los señores, y todos fueron conducidos á la nueva prision dispuesta por Pombal en los sótanos del colegio de San Antonio.

Otras muchas tenía en construcción, y no en vano, por desgracia, pues hubo tiempo en que Lisboa contaba más de cuatro mil prisioneros por razón de Estado. Nuestro 93 estaba vencido de antemano, y un número tal de encarcelados en una capital que apenas llegaba entonces á 150,000 habitantes, sobrepaja á las más siniestras *curiosidades* de la historia. ¡Motivo, pues, han tenido nuestros diccionarios de educación liberal para decir que Pombal no fué un ministro *ordinario*!

Leonor, marquesa madre de Tavora, la misma que había negado á Pombal la mano de su hija, fué separada de su marido y de sus hijos, y encerrada, acaso por benignidad, en el *in pace* de un convento. Las demás muje-

res, criadas y dueñas, se las llevó á la cárcel, donde fueron sometidas á la más rigurosa incomunicación.

Los hombres, así los criados como los señores, desaparecieron cual si se los hubiese tragado la tierra.

Y gracias á la esquisita solicitud, aunque un poco exclusiva, del duque de Choiseul, que encomendó el asunto á M. de Saint-Julien, encargado de Negocios en Lisboa, obedeciendo á los sentimientos *humanitarios* de madame de Pompadour, la interesante marquesa de Tavora fué tratada con una dulzura excepcional. Con esto Luis XV pareció quedar satisfecho.

Una voz, á lo menos (la de Saint-Julien), se levantó para afirmar que esta desventurada mujer no merecía, ni el interés ultrajante de Choiseul, ni la infamante clemencia de Pombal. Por lo demás, consta de las mismas correspondencias, que exaltaba á Pombal hasta la rabia cualquiera condescendencia con que los carceleros, apiadados, endulzaban la dura condición de los cautivos.

Además de Tavora, arrestáronse aquella noche gran número de hidalgos, entre otros, á

D. José Mascarenhas y Lancastré, duque de Aveiro, primo de doña Leonor, y que pasaba por ser el jefe de la nobleza; á un Souza y un Melho, el primero pariente del rey, y el segundo del ministro; á D. Miguel de Atonguía, etcétera.

La misma noche fueron puestos en prision algunos Jesuitas, entre ellos, el Padre Jacinto da Costa, confesor del príncipe Don Pedro. El estupor y el espanto se apoderaron de Lisboa. Aún no se había inventado la frase «estado de sitio,» pero la cosa existía. Por las calles apenas se veían más que soldados mercenarios, y el rey dejó de salir de su palacio. Una losa de plomo parecía pesar sobre la ciudad. Si alguno se permitía dudar de la culpabilidad de las personas arrestadas, ó mostraba por ellas el menor sentimiento de piedad, era arrestado incontinenti. Entre prisioneros de Estado tan extraños, cuyo número extraordinario apuntó arriba, había casi tantos menestrales como nobles.

Y entre tanto, era urgente idear una forma cualquiera de juicio; pues el pueblo observaba, y el rey era un buen hombre. Pombal se decidió á representar la comedia de una instruc-

cion, pero la representó muy mal. Tenía perdido el tino: el ódio le embriagaba. Según las leyes portuguesas, los acusados gozaban el derecho de ser juzgados por sus iguales. El duque de Aveiro y el marqués padre de Tavora eran ambos á dos grandes de Portugal. Pombal les negó esta jurisdicción. Mas tampoco les entregó á los tribunales ordinarios. Hizo lo que desde Enrique VIII y Calvino, hasta Robespierre, reprochan constantemente los protestantes políticos y religiosos de todos los tiempos, á la autoridad, para excederla cuando se les presenta ocasion; creó una especie de tribunal revolucionario sin competencia legal, que llamó el *Tribunal de la desconfianza* (1) (admirable fatalidad de los nombres), el cual se componía naturalmente, como suele suceder, de sus propias hechuras, entre las cuales estaban dos de sus colegas, Cunha y Corte-Real.

¡Y se nombró á sí mismo presidente!

Como por entonces no se trataba de Jesuitas, la Enciclopedia no dejó de sorprender á vista de tales monstruosidades. Los filósofos

(1). La denominacion esta era anterior á Pombal.

de París simpatizaban con la nobleza que les rodeaba. M. de Saint-Priest, testigo poco sospechoso, no cesa de repetir en su *Historia de la caída de los Jesuitas*, que causaban «malísimo efecto» en el mundo filosófico los horribles atropellos cometidos por Pombal.

De buena gana se le hubiera defendido merced á la comunidad de ideas generosas, pero en realidad iba un poco más lejos, tanto que á M. de Saint-Priest se le escapa esta frase: «compadeciósse á las víctimas y se hizo burla del verdugo.» Tamaña confesion es muy significativa en tales lábios, y sin embargo, es bastante decir, *se hizo burla!* M. de Choiseul estaba curado de espanto hacia tiempo. Madame de Pompadour consideraba á Pombal como una bestia más ridícula que feroz.

Y en esto hacian muy mal, como vamos á ver; ya lo dije á propósito de la nobleza de Lisboa; nunca conviene despreciar á los Pombal, nunca conviene reirse de las hienas.

No satisfecho el ministro con presidir el Tribunal de Desconfianza, encargósse Pombal de la instruccion del proceso, cosa nunca oida, dando lugar á las protestas de dos de los jurisconsultos más respetables de Portu-

gal, Freiro y Bucallao (el senador). Todavía hizo más, pues redactó la sentencia que existe escrita de su mano (1).

¿Y cuáles fueron los medios empleados para este procedimiento filosófico diabólico? Declaraciones impuestas y acaso supuestas, las intimidaciones más desvergonzadas; la tortura, sobre todo, la tortura, y no creais haber leído mal; la tortura es un medio que nunca deja de dar resultado. En manos de los jueces dignos será odiosa, pero entre las garras de los histriones que profanan la justicia y hacen de ella una caricatura, es inmejorable.

El respetable diccionario para uso de la juventud á que varias veces he aludido en prueba de gratitud, dice, hablando de Pombal, que sirvió á su país con pasion (¡ya lo creol), que fué un ministro hábil, pero que mostró tendencias *demasiado ardientes* por las ideas filosóficas.

¿Y por qué demasiado? Lo bueno nunca puedé quererse con excesivo ardor, y por otra parte ¡él no llegó más que hasta la tortura!

Verdad es que esta tortura dió el espectáculo

(1) Cretineau-Joly, t. V, p. 153.

lo de una carnicería judicial, cuyo relato hace erizar los cabellos, mas era por un motivo digno; de la tortura y la matanza resultó el exterminio de los Jesuitas. ¿Y puede olvidarse esto? Jesús dijo de la hermana de Lázaro: «Se le perdonará mucho porque ha amado mucho.» ¿Por qué no han de decir de nuestro ministro filósofo los diccionarios: «No solo muchas faltas, sino todas ellas le serán perdonadas por lo mucho que ha aborrecido?»

Esto, por supuesto, dicho sea con aplauso de lo que muy de antiguo es uso entre la juventud, cuyos arrebatos no pocas veces hacen caer á tierra la máscara de los autores de diccionarios.

Lo que me extraña..... ¿Pero á qué meterme en estos líos? Estas son querellas domésticas entre los pájaros de cuenta que han hecho diccionarios y otros menos experimentados que los harán.

Los Tavora y los demás acusados permanecieron mudos en medio de los dolores del tormento extraordinario y liberal; pero el infortunado duque de Aveiro rindióse á los tormentos. Siendo un cumplido caballero no tenia, sin embargo, un corazón sufrido. Medio

muerto como estaba, acusó á sus compañeros de prision de todo lo que se quiso, y acusó tambien..... ¡á los Jesuitas!

Cierto que se retractó despues de recobrar el uso de los sentidos, mas Pombal tenia ya su declaracion y no quiso desperdiciarla. Así, rehusó consignar la retractacion.

Los parientes y amigos de Tavora fueron sentenciados á muerte el 12 de Enero de 1759. Temiendo Pombal la indignacion del pueblo, hizo levantar el cadalso de noche y fuera de la ciudad en Belem, haciendo rodear el sitio por dos regimientos mercenarios. La plataforma, alumbrada por antorchas, se elevaba á diez y ocho piés del suelo. De tal modo cercaron los soldados el lugar de la ejecucion y las orillas del rio, que los espectadores hubieron de refugiarse en el rio mismo, surcado por miles de barcas de donde salian multitud de imprecaciones y gemidos.

Así se pasó toda la noche del 13 de Enero.

Al amanecer, viéronse venir los criados del duque de Aveiro, los cuales fueron amarrados á uno de los ángulos del cadalso y quemados vivos.

La marquesa madre, Leonor de Tavora, llegó